

sas. Para poder deletrear con tan intrincada y recóndita clave, se necesita un ánimo exaltado, un alma delicada y un temperamento nervioso, capaz de sentir lo que hay... y lo que no hay á veces. La pluma de Ortega Munilla es un nervio dilacerado para que sirva al objeto.

No teniendo todo esto en cuenta, el autor de *El tren directo* puede parecer difuso en las descripciones; puede creerse que pinta por pintar y que concede demasiada importancia á los muebles más insignificantes, á nonadas dignas sólo de ser pasadas en silencio.

Platón, que veía en todo las ideas, se preguntaba, lleno el espíritu de dudas, si había de atribuir ideas correspondientes á esos miserables artefactos, creación de las múltiples necesidades humanas; una cama, una mesa, una clepsidra, una puerta, un carro, ¿tienen en el mundo de las ideas su idea correspondiente? A esto contestaba Juan Pablo Richter guardando afanoso en un arca, clavos, taponés de corcho, botones, etc., porque decía que nada de cuanto rodea al hombre, ó es obra de sus manos ó ingenio, merece desprecio ni olvido.

Como Juan Pablo, Ortega Munilla recoge en las páginas de su libro infinidad de objetos de humilde apariencia, y va su brillante estilo iluminando hasta el polvo que flota en el aire, como el rayo de sol que mete sus tentáculos de luz por las rendijas para palparlo y descubrirlo todo.

Véome yo ahora también metido en más metáforas de las que pueden parecer bien en un crítico que ha de ser más serio que un colchón; á lo menos, si hemos de creer á ciertos escritores que no pueden llevar con paciencia que la crítica se ría de ellos, aunque lo merezcan.

Lo que quiero decir, en plata, es que no hay que censurar en absoluto la exuberancia de figuras y la riqueza, á veces excesiva, de las descripciones con que casi llena su libro el autor de *El Tren directo*. No tendría perdón de Dios si pintase sólo por pintar; pero no es así. Un buen pintor—y Ortega Munilla es de éstos,—pintando narra: descri-

biendo á sus personajes, este joven poeta (poeta como le gustan á Vidart, en prosa) nos habla de su carácter, de sus costumbres y hasta de su historia. Por esto la acción de *El Tren directo* adelanta y llega al fin, á pesar de tantas y tantas descripciones como al parecer la detienen en el camino. Sin embargo de todo lo cual es deber de la crítica aconsejar al novelista que también empieza, mayor reflexión en las proporciones de su plan: en una novela, menos que en obra alguna—hecha excepción del drama—se puede decir todo lo que se piensa, aunque sea bueno. La exuberancia, que indica vigorosas facultades, es defecto de los menos censurables en el que empieza, y empieza tan temprano, pero al fin es defecto: como señal de ingenio, es infalible la abundancia de recursos; mas en la composición perjudica, pues en ella ya no se atiende á las dotes del autor, sino á las proporciones de la obra. Pero también exige la justicia que se note el progreso que esta novela señala, aun en este respecto, en las obras de Ortega Munilla. *El Tren directo* ofrece siempre, ó casi siempre, real y clara congruencia en todas las semejanzas que se establecen en las distintas formas de la figura retórica, y estas semejanzas no están repartidas con la prodigalidad de otras veces. No debe renunciar el joven autor á su estilo, que es hijo legítimo de su temperamento: sólo debe huir de los excesos, para evitar que degeneren en enfermedad lo que hoy es facultad envidiable, aunque peligrosa. La fábula de *El Tren directo* es sencilla: no podía dar por resultado, y no lo da, una de esas novelas que, según la frase consagrada, son de interés. El interés, lo dice la palabra, es subjetivo, y el autor de novelas no está obligado á satisfacer ante todos los deseos de los que sólo ven interés en la narración de intrigas y enredos hábilmente preparados para excitar la curiosidad y sostener la atención, un tanto pueril, del lector aficionado á las que son sonadas. Muy legítima es la novela de este género; quizá pertenecen á él muchas de las mejores; pero quién que sea un poco conocedor de la literatura de que

se trata, negará interés á *Guillermo Meister*, *Levana*, *Fiebel* y tantas otras novelas, que á muchos lectores se les caen de las manos, con ser obras reputadas excelentes por el mundo entero? Cualquier novela tiene bastante interés, si es bella, para el lector digno de ser complacido, que no es otro que el capaz de interesarse por lo bello.

No crea el Sr. Ortega Munilla que todo lo dicho sirve en defensa de su obra; si la fábula, por sencilla, no deja de interesar, más interesaría si hubiese habido en la composición todo el arte necesario para sostener la atención del lector hasta lo último, sin solución de continuidad. Pero ¿cómo había de acertar en tan difícil punto el Sr. Ortega Munilla, si aun los maestros más prácticos suelen equivocarse en esto? En algo ha acertado, sin embargo, el escritor novel; ha sabido limitar el escenario, formar el cuadro, apropiarse las figuras, concentrar la acción en pocas y resolutorias peripecias, con todo lo cual adelanta el interés al mejorar la composición; pero de grupo á grupo no ha establecido bien las relaciones: los personajes de cada lado del cuadro no forman un conjunto con los del otro; no hay coordinación, ni hay subordinación á un personaje principal. María Luisa (delicadísimo perfil que puede servir al autor para una figura de acabada belleza) es protagonista, sin duda, y, no obstante, Jenaro en muchos momentos la deja en segundo término. Cuando se lee aquel capítulo, que parece hecho por Galdós en colaboración con Valera, *Como San Antón*, por Jenaro se olvida todo, y sus luchas interiores y su vida en el campo, en comunión mística con la Naturaleza, nos parece lo más excelente del libro y página arrancada á obra de más superiores vuelos y de acabadísimo estilo, tal como podrá escribirla el autor cuando el tiempo y la práctica del arte hayan mejorado sus facultades, conforme todo lo hace esperar ya en este libro de su juventud.

Hase notado, y con motivo, un parecido real, evidente, entre *El Tren directo* y la fábula de la *Página de amor*, de

Zola. Los datos son los mismos, en efecto; la marcha de la acción y el desenlace, por todo extremo diferentes. Zola cree que la realidad consiste en que el pecado sea inevitable; la viuda peca, á pesar de los celos de la hija y de los lazos que unen al amante á otra mujer. Ortega Munilla salva á María Luisa al borde del precipicio, y es el amante mismo quien le tiende la mano para salvarla y salvarse.

Justina, la niña enferma, parece pintada por una madre amorosa que escribiera velando su sueño. ¡Qué cosas tan poéticas y tan reales á la vez sabe el joven autor de los caprichos de los niños, de sus juegos, de su lenguaje, de su fantasía! Luchaba con el recuerdo de aquella otra niña nerviosa de Zola, y sin vencer el recuerdo, hizo un esfuerzo de arte envidiable, que hace de Justina digna hermana de aquella otra huérfana, y de tantas niñas como han sabido pintar Goethe, Dickens, Hugo, Galdós, todos los maestros del arte del corazón.

Clavo, el avaro de aldea, es, entre los personajes secundarios, el más notable y digno, en algunos rasgos, de Balzac, el inmortal creador de M. Grandet. Petrilla, la *vos del palo*, la niña ciega que siente la nostalgia de la vida esclava, merecía para ella sola una novela, que colocaríamos á la diestra de *Mignon*, *Dea* y *Marianela*, si no á la misma altura, en el mismo coro de ángeles en el cielo de la poesía.

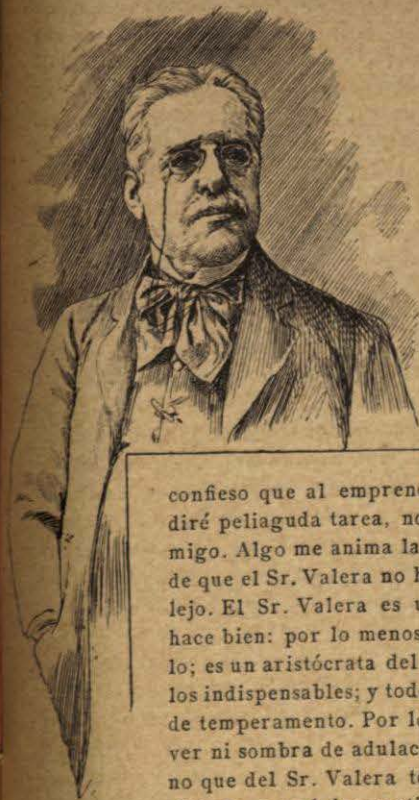
Otros personajes hay muy bien bosquejados, por ejemplo, el notario Ceano y los hermanos Güemes, etc., etc. Siento que no me quede espacio para hablar con detenimiento de todos ellos.

Pero no cabe duda: á pesar de tantas bellezas, muy por encima de la obra está el autor, como debe suceder en los productos artísticos del que empieza; las facultades virtuales que asoman en este libro son muy superiores á la composición: hay en *El Tren directo* esas imperfecciones que suelen ser fecundas en bellezas para el porvenir del artista.

Lo que más habla del autor en esta novela, lo más suyo, es el estilo; y éste sí que, aparte la exuberancia de que tan-

to he dicho, merece los elogios entusiásticos de la crítica. Es original, no se parece á ningún escritor de los que alaba la moda, y no degenera jamás en amanerado ni extravagante, si vale la palabra. No es amanerado, porque aun las metáforas, algo violentas, no muy frecuentes por cierto, son naturales en Ortega Munilla, que tiene, sí, que corregir este defecto, pensando que hay relaciones puramente subjetivas, que no siempre conviene llevar á la expresión del arte; pero sin que tal lunar indique afectación ni una vez sola. La mala fe puede ver en esto lo que quiera; el crítico debe ver sólo lo que hay: inexperiencia, descuido, pero no sobrestima del escritor que quiere imponer al público accidentes sin idea, prosaicos, de su temperamento.

El autor de *La Cigarra* y *El Tren directo* ya tiene señalada su vocación; su porvenir literario está en la novela. Tiene genio fecundo, estilo original, abundante esfera propia en que moverse; estudie, pues, aun más que los modelos, la vida; saque de sus entrañas los argumentos, luche en el arte por alguna idea, como debe luchar el artista, con lo bello, y llegará de fijo á ocupar, en esta restauración bendita de la novela española, el lugar á que le llaman voces proféticas de la opinión, hoy animadora y benévola, mañana severa, inflexible, si el Sr. Ortega Munilla se durmiera sobre estos primeros laurales.



•EL

Comendador Mendoza.»

(VALERA)

Jamás, hasta la fecha, he escrito un solo párrafo consagrado á obra alguna del Sr. Valera; y

confieso que al emprender tan ardua y aun diré peliaguda tarea, no las tengo todas conmigo. Algo me anima la convicción profunda de que el Sr. Valera no ha de leer este artículo. El Sr. Valera es un autor olímpico, y hace bien: por lo menos tiene derecho á serlo; es un aristócrata del talento, con sus títulos indispensables; y todo lo demás es cuestión de temperamento. Por lo tanto, nadie podrá ver ni sombra de adulación en lo mucho bueno que del Sr. Valera tengo que decir, cumpliendo con el imperativo categórico de mi

conciencia estética.

Para mí el Sr. Valera es el mejor prosista contemporáneo de los que escriben en español (porque el Sr. Castelar no escribe en español, escribe por lo divino... y ese no se cuenta), Además, el autor de *Pepita Jiménez* es un observa-

dor profundo, un crítico notable, piensa y siente con gran independencia y no escasa profundidad; tiene una sola candidez, la del escepticismo filosófico, que si no es afectación, es ligereza también. Porque el escepticismo de Valera no es sistemático—en cuyo caso sería una filosofía de escuela como otra cualquiera—es el escepticismo del hombre de mundo que ha leído mucho, meditado algo, pero siempre por motivos opuestos, es decir, con la perentoria necesidad de satisfacer la propia conciencia, no por el sublime y purísimo motivo de la verdad ante todo. Ese filosofismo es un egoísmo en rigor, egoísmo no exento de nobleza, en cierto modo digno de alabanza; pero hay algo superior. *Pepita Jiménez*, *Luis de Vargas* y el *Doctor Faustino*, se resienten todos del egoísmo en cuestión. Anhelan, ante todo, la propia felicidad; y como son bastante avisados para comprender que en definitiva la dicha verdadera sólo puede buscarse tratando de calmar las más altas aspiraciones del espíritu, se levantan, cuando pueden, del polvo de la tierra y vuelan por el diáfano cielo de lo ideal.

Y sin embargo—lo que dice el Sr. Canalejas del *Doctor Faustino*—allí lo que predomina es el apetito, siquiera sea sublime el objeto. En las obras de Valera jamás se despierta el interés del lector por un principio, por un ideal; por los personajes sí; se les llega á querer entrañablemente, se sueña con ellos, y, como el autor, está el que lee muchas veces tentado á sacrificarles las leyes invariables del mundo invisible. Esto es lo que llaman los críticos *neor* inmoralidad literaria. El misticismo, que tan principal lugar ocupa en las obras de Valera, siempre es subjetivo, y en las relaciones de la Divinidad con el individuo acaba por dar demasiada importancia á éste, aunque al parecer sólo pretende su abnegación y aniquilamiento. Los personajes religiosos de Valera siempre tienden, pues, al misticismo. El *Doctor Faustino* se libra de esta pasión; pero al buscar por otra vía el cumplimiento de su destino, piensa principalmente en sí mismo, y con este particular, ó mejor sin

gular criterio, va á dar á una perdición necesaria. Tal vez todo esto sea, para el Sr. Valera, lo más conveniente y conforme á la realidad de la vida; no lo discuto yo ahora, pero no se queje si, á pesar del gran valor de sus obras, no encuentra en la generalidad del público tantas simpatías como otros novelistas que, sin duda, en muchas cualidades inferiores, le aventajan en esto de escribir más *al unísono*, si vale la expresión, con los sentimientos comunes de la humanidad. Podrá ser una preocupación de la humanidad entera, si el escepticismo lo quiere así; pero es lo cierto que la mayoría de los hombres sabe y siente que lo primero y más importante, aun para el propio interés, no es el amor propio, sino algo superior y que está por encima del individuo: de aquí que los intereses egoístas, por mucho que se quieran espiritualizar, idealizar y *mistificar*, no hacen vibrar las cuerdas del corazón humano con tanto amor, con tanta fuerza como esos puros ideales que fuera de nosotros mismos, en cuanto individuos, tienen su razón de ser y la esfera de su existencia.

Y cuenta que aquí no se discute el valor intrínseco de esos ideales superiores: Alarcón ha producido más efecto con *El Escándalo*, que Valera con el *Doctor Faustino*; y sin embargo, esas novelas no pueden compararse; la de Valera es superior, con mucho; pero en *El Escándalo*, aunque falso, hay un ideal no egoísta. ¡Tente, pluma!.. Desgraciado he sido en el ejemplo, porque me obliga á nuevas distinciones. El ideal de *El Escándalo* no es equivalente en la intención, cree que busca el bien por el bien mismo, y en esto es *objetivo* (como no hay más remedio que llamarle); pero ese ideal que busca la perfección, siempre con temores y sobresalto por la salud del alma, que mueve al bien principalmente por motivo personal, coartando la libertad y la espontaneidad con el terror y otros medios de fuerza, es, bajo este aspecto, el más interesado y egoísta de todos.

Y tal vez en el Sr. Valera, á pesar de sus alardes de libre-pensador, hay muchas y lamentables reminiscencias

de esos mismos principios, que deliberadamente ha abandonado, y que á Alarcón todavía le inspiran. De otro modo: el Sr. Valera es quizá un *ex creyente* que sigue buscando; ante todo, la *salud del alma*, pero como Dios le da á entender, y por su cuenta y riesgo. Es simpático por el procedimiento, la libertad; no lo es por el fin, el egoísmo (repi-to, todo lo espiritual y alambicado que se quiera).

Libre de unos y otros defectos, se presenta Pérez Galdos, el autor de esa novela única, que se llama *Gloria*. El bien por el bien; los más grandes principios que rigen el mundo moral, independientes de toda sugestión personal; la libertad, la dignidad de la ciencia, la solidaridad humana, la virtud sublime de la prudencia (desconocida para tantos), esas pueden llamarse las musas de Pérez Galdós. Comparemos á *Gloria* con *Pepita Jiménez* (1)...; pero las compararemos mañana, porque estoy de prisa y eso ha de hacerse despacio. Si hasta ahora no he dicho nada de *El Comendador*, es porque necesito toda esta larga introducción; ya he advertido que jamás había tratado de las obras de Valera, y bien merece tan distinguido autor dos artículos.

*
* *

El lector que se haya tomado la molestia de pasar los ojos por el folletín de ayer, recordará acaso que quedábamos—yo era el que quedaba—en el paralelo (ó pentagrama, que diría un ingenioso escritor) de *Pepita Jiménez* y *Gloria*, no para examinar esas obras, sino porque en las protagonistas de las novelas respectivas encuéntrase cifrada la expresión más adecuada de la inspiración y genios distintos de Valera y Pérez Galdós. Por supuesto, que sólo escribo

(1) ¡*Gloria*! ¡*Pepita Jiménez*! ¡Qué fortuna para nuestra literatura poseer ya estas personificaciones de determinados ideales, reducidos á indelebles creaciones artísticas! ¡Qué nuevo es esto de que personajes de novelistas españoles modernos sirvan de materia para esos análisis, que críticos expertos, no yo ciertamente, pueden hacer, como se ve todos los días que lo hacen, con extrañas obras, críticos extraños!

para los que hayan leído las obras á que aludo. Pepita Jiménez, mujer soñadora, de espíritu levantado, pero muy ocupada en su propia persona, busca satisfacción en altos objetos á su comecón de amar; pero el amor de Pepita se parece mucho ¿qué es parecer? es el mismo que magistralmente nos describe Moreto:

Quien quiere con fe más pura,
pretende de su pasión
aliviar la pena dura
mirando aquella hermosura
que adora su corazón.

El contento de miralla
le obliga al ansia de vella;
esto, en rigor, es amalla,
tuego aquel gusto que halla
le obliga sólo á querella.

Pepita Jiménez ama así, por el placer de amar. Comprende que hay que cifrar el cariño en algo real, de valor sustantivo, y nada más real ni más digno de amor, piensa primero, que Dios. Se hace casi mística; pero como ella es sensual, y no podía menos, porque todo egoísmo, á vuelta de idealidades, es materialista, porque no se eleva al amor verdadero de lo absoluto; como es sensual, matejializa su religión y quiere con amor humano á aquel Niño Jesús que tiene en casa. Luego, D. Luis de Vargas vence al Niño de la Bola, y Pepita Jiménez, sin hacer cosa que esté contra los Mandamientos (pues sacramento divino es el matrimonio), sufre una verdadera derrota, sustituyendo el amor del cielo con el de un hombre en el lugar más apetecible de su corazón. Y así debía suceder: quería satisfacer su egoísmo, iba en busca de voluptuosidad espiritual, que es la más refinadamente sensual de todas, y falta de principios fijos y absolutos, su amor falso y débil al Niño Jesús se desvaneció ante el amor de *un* individuo.—*Gloria*, con menos *tiquismiquis* psicológicos, pero con verdadero genio, vive en la fe seria y arraigada de una religión, cuyo ideal, ella, sin quererlo, modifica lentamente en su conciencia.

Gloria es mujer de principios absolutos; la fuerza para sustentarlos como deberes de conciencia, se la dan su educación y la grandeza de su alma; pero, al propio tiempo, la luz de su genio le hace guiar su energía á distintos, si no contrarios principios. Gloria no busca el amor para *paladearlo* como Pepita; lo siente primero como una necesidad cuya satisfacción le ha de venir de fuera; y cuando esa vaga aspiración involuntaria se concreta en un hombre, mejor todavía puede conocer Gloria que no es ella la que crea esta realidad espiritual del amor, sino que es ley que desde fuera se le impone.

Pero esa realidad espiritual y exterior (exterior en cuanto excede de su personalidad) aparece luchando contra otras leyes y realidades no menos independientes de la voluntad de Gloria, que á ella le parecen tan respetables como lo más santo, y lo son, en efecto, en aquel punto para su conciencia. Conflicto sublime que conmueve á todas las almas rectas y sabas; situación de interés sin igual, que pueden comprender y sentir todos los hombres que más ó menos reflexivamente sacrifican la propia utilidad aparente á lo absoluto, á lo divino. Mientras la mayor parte de los hombres tengan una sana moral (á pesar de la obra deletérea de una predicación ciega y nociva que se llama religiosa), el Sr. Valera no podrá ser tan simpático, como novelista, á los ojos de la generalidad de los lectores, como lo es el Sr. Pérez Galdós. Yo, contentísimo, me coloco en la categoría de vulgo, y á riesgo de pasar por *bonachón* y anticuado, prefiero la moral objetiva, absoluta, de perfección, á las novedades humorísticas en materia ética, á los retruécanos sobre casuística moral. *Intelligenti pauca.*

* *

El comendador Mendoza, ha dicho algún crítico, es obra de menor trascendencia que *Pepita Jiménez* y *El doctor Faustino*. En mi inútil opinión, los problemas que en *El Comen-*

dador se tratan son no menos interesantes que los otras veces removidos, si bien es cierto que el Sr. Valera los trata más de ligero, porque los cree de más fácil solución, y él se la da como jugando.—Aquí una advertencia que será inútil si, como sigo creyendo, el Sr. Valera no ha de leer este folletín; pero, en fin, allá va la advertencia: no basta decir en una nota que el autor es mero narrador y que no se hace solidario de la moral de su novela, moral que resulta, no sólo de los discursos de los personajes, sino del modo de conducir la acción, y, sobre todo, de la solución del conflicto imaginado. Ya otra vez nos dijo el Sr. Valera que Pepita Jiménez no era más que una señora que efectivamente había sido *así*, y que él no se metía en más filosofías. Pues no tiene más remedio que meterse... ya que se ha metido. En el Comendador aparece bien claro ese ideal del Sr. Valera, que consiste en no tenerlo; el Comendador, que no sabe á qué atenerse en punto á metafísica, que no cree ni deja de creer nada concreto, que ni afirma ni niega, resuelve empíricamente los más arduos casos de conciencia, y siempre de la manera más primorosa; pero entendiéndose, no en nombre del criterio moral absoluto, como haría un kantiano (el Comendador no es kantiano) sino... porque... ¡sabe Dios por qué! Y yo también. Porque el señor Valera se contenta con paliativos, y da como solución la más humana y justa, la que no atiende á principios fijos, absolutos, que siempre, según él, son inciertos y dependientes de influencias particulares. Lo cual está, con eufemismo bien artificioso, expresado en estas palabras de la novela de que trato: «de filosofía puede hablar, y *hablar bien*, cualquier persona de imaginación».

¿Cree esto firmemente el Sr. Valera? ¿Y no comprende que todos interpretamos claramente el rodeo de lenguaje? Tanto vale como decir que no hay filosofía, que cada cual imagina, y bien, lo que mejor le parece. Pues si no hay filosofía, no hay filosofía moral, y por ende no hay criterio absoluto moral; por eso resuelve el conflicto de su no-

vela el Sr. D. Juan procurando el bien de los más allegados por el pronto, y sacrificando, si fuera necesario, el derecho ajeno, real y positivo á supuestos males causados á un D. Valentín; males que sólo podrían serlo considerados por un criterio estrecho, lleno de preocupaciones, mientras que el derecho que se quería sacrificar era absoluto, como todo verdadero derecho, en sí claro y evidente ante el criterio de la perfección moral, que es Dios. Pero el Comendador no se guiaba por lo absoluto, sino por lo que á él le parecía más conveniente en el momento: por el bien temporal efímero, que él se figuraba como el más atendible.

.....

Si por fin el derecho de D. Casimiro no sesacrifica, no depende del Comendador, sino de la boda con la Nicolasa; pero que no existiera Nicolasa en el mundo, ó que D. Casimiro fuera un poco más escrupuloso para tomar cuatro millones que no sabe de dónde le vienen, en tales casos el derecho sería desconocido: á D. Casimiro le salva... el ser poco moral.

(Luego, en realidad, no se cumple con el derecho de D. Casimiro.)

Véase si se tratan problemas (?) importantes en *El comendador Mendoza*, y véase si el criterio á que la obra obedece es ó no corolario de lo que hemos considerado en la primera parte de este análisis, cuando examinábamos en general el espíritu del ilustre novelista.

Dejo mucho por decir, como siempre que me meto en honduras desde este *piso bajo de EL SOLFEO*, que se llama el folletín.

Ahora correspondía, aun dejando muchos cabos sueltos, examinar la forma literaria de *El comendador Mendoza*; pero ya no es posible. Por fortuna, como escritor, y como escritor de novelas especialmente, el Sr. Valera sólo merece alabanzas.

Sucede aquí lo que en la mayor parte de las comedias,

que precisamente cuando comienza á salir todo bien, concluyen, porque concluye el interés. Ninguno tendría para los lectores los elogios incondicionales que yo haría del estilo, de la acción, de los caracteres, etc., etc., de *El comendador Mendoza*.

Todo eso es muy bueno.

Este folletín es bajo de techo, y yo no puedo ser más largo. Tengo que ir al tribunal de imprenta, donde el fiscal me estará poniendo á estas horas como chupa de dómine.





«TENTATIVAS DRAMÁTICAS»

(VALERA)

Quéjase el Sr. Valera, en la dedicatoria de este libro, de su mala suerte, que no le consiente ser poeta dramático de los que el público favorece; y siente sobremanera no poder dar en el *quid* de ese privilegiado talento que se requiere para el género literario que él reputa como el más excelente coronamiento y cifra de todo lo que con letras puede decirse.

Si algún consuelo puede llevar al ánimo del insigne literato la opinión del último de los que se meten en dibu... y en juzgar libros aje..., sepa que, para mí, el género dramático no se concreta á las obras representadas, que constituyen una de sus especies, la principal sin duda, pero no todo el género. Si no fuera porque cada vez soy menos amigo de meterme en estéticas, como dice Menéndez Pelayo, yo explicaría por largo mi pensamiento; pero ya que esto

no parecería bien, haré lo que hacen cuantos reniegan de estéticas y metafísicas, á saber: decir dogmáticamente lo que pienso y dejarme de *vanas abstracciones* (ó séase lo que piensan los demás). Tiene razón Campoamor: hay poesía lírica... dramática (pensándolo bien, me he convencido de ello de algunos días á esta parte), porque lo dramático, en rigor, no es lo que pueden interpretar sobre un tablado cómicos y escenógrafos de consuno, sino algo más esencial; por ejemplo, la expresión literaria de cualquier asunto humano por medio de sujetos humanos distintos.

Y si se me dice que se pueden hacer dramas en que los personajes sean animales, respondo que eso no obsta, porque hay animales que parecen personas, y viceversa; con lo que todo queda arreglado. En cuanto á lo de que los sujetos han de ser *distintos*, no va á humo de pajas, porque si no lo son, no aparece la oposición, y lo dramático lo será sólo en la forma, siendo en lo esencial subjetivo, lírico, pues será expresión el monólogo de un subjetivismo que el poeta atribuye á *otro*, pero que, sea de quien sea, es subjetivismo, porque no necesita salir de la esfera del individuo como sujeto poético á lo exterior de la oposición de sujetos, que es el *quid* de lo dramático. Si no fuera así, las *Heroidas* de Ovidio podrían llamarse dramáticas, y son, sin embargo, líricas, aunque en ellas se apunta el elemento dramático, por lo que tienden al diálogo implícito, puesto que son á manera de epístolas.

Todo esto que acabo de discurrir ahora, sirve por lo menos para asegurar que el Sr. Valera es más dramático de lo que él dice y de lo que dice ese empresario que no quiso representarle *Lo mejor del tesoro*. De fijo que el tal empresario no sabía lo que son géneros intermedios, ni barruntaba los anchos horizontes en que ha de moverse la dramática de lo porvenir. ¡Sería de ver que porque se le antoje á un empresario ó á un preceptista de los modernos (más intransigentes que Hermosilla), pasara Cano por autor dramático y Valera no mereciese ese apellido! Sí, se-

ñor; es usted dramático, y por mí puede usted entrar; la cuestión es si es usted buen ó mal autor dramático, y eso es lo que vamos á ver ahora; todo, sin estéticas por supuesto, sin pruebas, ni nada de esa jerga metafísica que á nosotros los críticos positivos no nos hace falta. Créame usted á mí, bajo mi palabra, que no le irá mal.

Lo de escribir sus obras dramáticas en prosa (menos la zarzuela), tampoco es inconveniente; pues aparte de que así las escribieron muchos dramaturgos insignes, ahí está el Sr. Vidart, que demuestra á quien le quiere oír, que la poesía no necesita estar en verso; y yo también digo otro tanto, sin más salvedad que la de no llamarla poesía en tal caso.

¿Por qué dice el Sr. Valera que sus dramas no se pueden representar? *La Venganza de Atahualpa* se podría representar por lo menos parte de ella, hasta donde el público hiciera nada más un ruido que permitiese oír á los actores.

De *Asclepigenia* no diré otro tanto, porque los críticos que podrían apreciar toda su intención son los krausistas, y de esos ya hay pocos, y los que quedan no suelen ir al teatro.

Tocante á *Lo mejor del tesoro*, la zarzuela, tampoco es de paso, porque allí no hay toros, ni toreros, ni coplas de actualidad, ni disparates de todos los tiempos. A propósito de eso, recuerdo que un día nos decía en el Ateneo Núñez de Arce: «¿y qué dirían ustedes si yo me dedicase á escribir zarzuelas bufas? ¿Dirían ustedes que prostituía el arte?...—No, señor, me permití contestar; diríamos probablemente que no servía usted para el caso.» Y claro que no serviría; como tampoco sirve el Sr. Valera, á Dios gracias. Ahora, si no se considera *Lo mejor del tesoro* como zarzuela sería ni bufa, sino como alarde de desenfado humorístico, de la *high-life* del humorismo, *Lo mejor del tesoro* tiene bellezas que de fijo no verá el Sr. Peregrín, pero que no por eso dejan de estar allí.

Asclepigenia es, en mi opinión, y en la del autor, una de las obras mejores que ha producido tan discreta pluma.

Después de *Pepita Jiménez* (y ya lo he escrito antes de que Valera dijese algo parecido), *Asclepigenia* es lo mejor de autor tan eminente.

El que haya saboreado los diálogos del gran *humorista* siriaco (de que fué remedo y nivel, en cierto modo, el autor de *Los sueños*), no podrá menos de recordarle leyendo este diálogo filosófico-satírico de Valera. Parecerse á Luciano sin copiarle, como se pareció Quevedo, es ya una gloria á que pueden aspirar pocos.

Aunque la obrita es corta, su mérito no es exiguo, y merecería un análisis más prolijo que muchos aparatosos infolios. Dice el autor, en la dedicatoria, que en *Asclepigenia* hay alusiones al panteísmo moderno de los Schelling, Hegel y Krause, y halla analogías entre la filosofía y los tiempos de Proclo, y la filosofía y los tiempos presentes. Es muy posible que en gran parte se equivoque el Sr. Valera con tales analogías, pero no por ello es menos graciosa, picaresca y chispeante la sátira de su diálogo; Proclo, que en las grandes ocasiones se eleva sobre los dioses hasta dar con el Uno é identificarse con él, es la más acabada burla de los filósofos pedantones, que por la posesión de un vacío formulario se creen por encima de las pasiones humanas, y juzgan que su pensamiento vuela libre ya de las debilidades que al vulgo avasallan y someten al error y los ensueños.

Eumorfo, *Crematurgo*, *Asclepigenia*, son figuras de gran realidad, á pesar de su representación simbólica. El final del diálogo sorprenderá, y acaso enfadé, á los que no estén acostumbrados á este humorismo que acaba por burlarse de sí mismo y dar á la obra que tiene entre manos un corte que es como la explosión de un fuego de artificio con que el chisporroteo concluye.

Este efecto se me antoja defecto en obras como *La Venganza de Atahualpa*, de otro género más dramático y en que el lector se interesa de verdad por los personajes en sí, no en atención á la intencionalidad que les preste el poeta. *La*

Venganza de Atahualpa merecía un final más meditado, lógico y natural; con mayor razón, porque en el primer acto y parte del segundo y del tercero hay verdadero drama, y el interés llega á ser grande.

El primer acto es una perla: como exposición es perfecto—dadas las condiciones especialísimas del género dramático no representable:—en él se dibujan dos personajes de gran originalidad y fuerza, Rivera y Cuéllar, á los cuales presta el autor acciones, propósitos y lenguaje de tal belleza, que pocas veces en las mismas tablas nos habrán interesado figuras tan bien presentadas; doña Brianda es un tipo que reúne, á ciertos tonos clásicos en nuestro buen teatro nacional, algunos originales que ennoblecen un tanto su carácter; Laura es poética y muy interesante por su excepcional situación, y la madeja en que tales personajes se enredan, es de oro. Pero luego todo degenera en *La Venganza de Atahualpa*, menos el lenguaje, y aun éste no es como debiera en las situaciones de pasión y violencia.

En suma, las *tentativas dramáticas* podrán no ser dramas, pero son joyas literarias, buenas según su género, como dice Moisés.

Y... ¿cómo las llamaremos? Ustedes dirán.

Yo, entretanto, las llamo *cosas de Valera*.



«DOÑA LUZ» (VALERA)

No hay peor concupiscencia que la del espíritu, dice el padre Manrique, personaje de los principales de esta novela, y así es la verdad; por eso los que buscan en los libros de entretenimiento la moralidad, que por otra parte no les acude, deben mirar con malos ojos estas novelitas del Sr. Valera, en que los caracteres casi siempre son de los contaminados con ese vicio espiritual. En casa de doña Luz se reúnen para disertar y discutir, un fraile, misionero de Filipinas, un médico, que debió de haber leído á Haeckel, traducido al francés, y la misma doña Luz, solterona de veintiocho años, mística de afición y un tanto por recurso. De aquellas conversaciones acerca de la gracia santificante y otros temas no menos sublimes, resulta un fraile enamorado perdido de la solterona, la cual, sin

darse cuenta, estima aquel amor, aunque no piense que de él pueda venir daño alguno para la salud espiritual de ninguno de ellos. Aunque doña Luz desdeñó á muchos amantes que la ofrecieron su corazón y tierras de pan llevar, no puede resistir á un guapo mozo, brigadier de caballería, que viene de Madrid ex profeso á enamorarse de ella. Ríndese á discreción la pobre doña Luz, casa con D. Jaime, y el fraile muere de celos, aunque al parecer de apoplejía.

Por unos papeles que dejó el fraile averigua doña Luz de seguro lo que ya sospechaba: que el fraile la quería, y á la sazón de estar agradeciéndoselo, recibe el mayor desengaño, cual es el saber que su esposo no la amaba de amor, como dice el Sr. Valera, sino por una pingüe herencia que, ignorándolo ella, pero no él, estaba destinada á la que fué ídolo del fraile. Manrique se llamaba éste, y Manrique se llama el hijo que de los desengañados amores tiene doña Luz, para siempre separada de su esposo, y por siempre, ó poco menos, unida en espiritual recuerdo al tonsurado Macías.

Otro autor de menos recursos no hubiera podido interesar con semejante argumento á los lectores, y no es seguro que el mismo Sr. Valera llegue á interesar á todos, porque los hay de muy diversos gustos.

En un artículo muy notable, publicado ha pocos días, habla el Sr. Giner de los gustos vulgares que manifiestan las almas poco delicadas, gozando, como gozan, con espectáculos intranquilos, con literatura violenta, con pasiones extremadas, movimientos y azares: hablando precisamente de las novelas, dice el Sr. Giner que al de gusto poco cultivado no le placen las que no tienen otro movimiento que el de la vida, quizá latente en sus páginas, pero no por eso menos real y menos bello. Al lector que no guste de contemplar, no puede agradarle esta novela del Sr. Valera; y al que Dios llame por ese camino, aún le gustarán más otras del mismo autor, que se prestaban, como ella, á muchas meditaciones y al propio tiempo te-

nían más belleza, revelaban más habilidad y momentos más felices y más fecundos de inspiración. Lo que ha de gustar á todos, de fijo, es el estilo sin par del Sr. Valera, quizá mejorado en esta obrita, porque es más natural y parece más espontáneo que en algunas otras ocasiones. Ya se sabe que el Sr. Varela es un académico ideal, quiero decir, como deben ser; comprende cuánto bueno se puede extraer del tesoro de las letras sabias, á que puede llegar una erudición vasta, profunda y bien dirigida por el raciocinio y el gusto; sabe asimismo cuáles son las exigencias de los modernos tiempos, y con arte exquisito emplea en obras de gusto moderno la riqueza de erudición, la experiencia artística, ganadas en estudios clásicos, clásicos de veras. Como en todo, en el estilo y en el lenguaje revela tales ventajas el autor de *Asclepigenia*; escribe como nadie, porque es castizo y sabe mucho diccionario, y algo que no está en el Diccionario, sin degenerar en arcaico, ni en voces, ni en giros; de las nuevas maneras aprovecha lo que no desdice de la elegancia antigua, lo que no choca con el gusto delicado y es útil para expresar mejor lo que mejor se piensa ahora: por todo lo cual, el estilo de Valera, ni pueden rechazarlo los académicos, ni los profanos pueden menos de admirarlo.

No hay arte que no consista en un punto de caramelo; dar en el clavo, eso es ser artista: el Sr. Valera es el mejor artista del idioma castellano...

{Y Doña Luz? Si Pepita Jimenez no anduviese por esos mundos, Doña Luz sería más encomiada; pero esta Luz se eclipsa ante la perla de las novelas españolas contemporáneas. No es que sea igual el argumento, ni los recursos del arte idénticos; pero hay grandes analogías, y sobre que estas sutilezas psicológicas no son para muy traídas y llevadas, el desempeño es inferior, con mucho, en esta ocasión.

El Sr. Valera ha reincidido en el defecto de decirse lo todo ó casi todo; y hasta cuando son los personajes los que hablan, se oye la voz del consueta. Sucede, con efecto, en

esta novela, lo que en las comedias de aficionados (llamo yo así también á los que cobran sus aficiones): el apuntador, como está oculto, no tiene miedo, y suele declamar más alto, con más brío y de corrido lo que el actor dice mal, sin gracia y á tropicónes. Resultado: que á quien se le oye el drama, es al apuntador. En *Doña Luz*, á quien se oye es á D. Juan Valera.

Yo declaro que no me pesa; pero si al Sr. Vidart ó cualquier otro se le ocurre quejarse, D. Juan se defiende, que á mí me faltan argumentos.

En cuanto al reclamo con que atrae Valera á los críticos sutiles para que de su libro deduzcan mil y quinientas enseñanzas, nada diré, porque no va conmigo.

Y me alegro; porque si hay algo que gaste el alma y empobrezca la voluntad especialmente, es el perpetuo alambicar razones y sentimientos. En nuestros días, la ociosidad ha abusado de la psicología recreativa, y los inocentes que de buena fe se han dejado llevar de esta afición, han concluido por tener tedio, padecer náuseas y jaqueca... Así, que no nos quebrems de sutiles.

Mi opinión, que no vale porque no soy de los aludidos, es que *Doña Luz* enseña á no mezclar lo divino con lo humano, como ya Cervantes quería. Una frase vulgar resume la enseñanza de *Doña Luz*: á esta señora se le fué el santo al cielo.



LA FAMILIA DE LEÓN ROSCH

SEGUNDA PARTE. — (PÉREZ GALDÓS)

Supongo á los lectores del presente artículo, si tiene alguno, enterados de lo que contiene la primera parte de la novela en que me ocupo; de otro modo no sería posible entendernos. En este segundo tomo y parte segunda, el interés de la acción crece naturalmente y llega á ser muy grande desde que el falso misticismo de María Egipcíaca tropieza con un dolor real, de los que llegan al alma sin necesidad de silogismos. Consecuente Pérez Galdós con su sistema, lejos de presentarnos empequeñecida la figura de la *imperfecta casada*, llega á darle un interés que va acaso más allá de lo que su autor se propusiera. María Egipcíaca, á pesar de sus estameñas, de aquel paño pardo y de aquellas manos descuidadas, no llega á ser, por lo que en ella hay de original, una criatura repugnante ni ridícula, pues todo el ridículo y aun asco que puede causar la supersticiosa religiosidad en que vive como sepultado su espíritu, se ve pronto que no ha podido alterar lo más íntimo de su naturaleza. Además, contribuye no poco en favor de María, el derecho que le asiste para conservar el amor de su esposo. No importa que el autor haya sabido pintar con tan simpáticos colores la figura de Pepa, la rival de María, ni importa que León se nos presente en tan espantosa soledad.

dentro del hogar que soñó como un paraíso; á pesar de todos, y los mismos apasionados á pesar de su pasión lo reconocen, el derecho está con María. Pepa duda, pero ella explica el por qué: es que tanto y tanto dolor, tanta esperanza muerta, han atrofiado el sentimiento del deber en su alma débil y delicada; León no duda; vacila, sí, entre la pasión y el deber, pero no duda. Gran acierto ha mostrado el Sr. Pérez Galdós con no quebrantar el lazo del matrimonio de la manera precipitada y un tanto grosera de que suelen hacerlo multitud de autores transpirenaicos que, queriendo probar arduas tesis jurídicas, sólo prueban la anemia moral que padecen.

Una delicadísima gradación de colores, un arte exquisito en el esfumar, eran condiciones necesarias para salir con bien del empeño difícil á que su propio talento llevara al novelista. Aunque la obra aún no está terminada, y queda mucho por hacer, hasta ahora el acierto en este punto capital no ha faltado ni un momento. Un hombre casado, y casado por amor, con una mujer que ni sueña con ser infiel á su esposo, ha de justificar su conducta al perder el apego á su hogar, para llevar el corazón y encaminar sus pasos al hogar de otra mujer; esto ha de hacerse sin que ese hombre aparezca como un malvado, sin que la mujer que acoge al sin albergue se nos figure liviana; y á más de esto, sin que la esposa que pierde al marido sea una adúltera, ni una arpía, ni siquiera una mujer vulgar en el fondo. ¿Consigue todo eso Pérez Galdós? Por lo que conocemos de su novela, preciso es confesar que *hasta ahora sí*; los antecedentes del autor acaso nos permiten pronosticar que el fin corresponderá á lo conocido; aunque será ésta probablemente la ocasión más difícil á que le hayan traído los vuelos elevados de su fantasía envidiable.

Como en las obras dramáticas del arte griego quedaba para dar relieve á las figuras el fondo oscuro misterioso del *fatum*, sin que por esto dejaran de ser libres aquellos personajes tan vivos y reales, así en las novelas de

nuestro autor la acción anónima de las ideas y preocupaciones dominantes sirve de fatalidad á su manera para dar cierto interés sublime á los caracteres representados. Si en los cómicos, como la Marquesa, Polito, su papá, el señor de Fúcar, etc., los defectos individuales entran por más que el error común admitido, en los personajes que encarnan la principal idea del novelista, como Luis Gonzaga, y en esta segunda parte María Egipciaca, sigue el carácter, en sí digno, la línea que es resultante de las fuerzas mayores que le solicitan, no perdiendo con esto originalidad, espontaneidad y belleza, por consiguiente, como á primera vista pudiéramos creer, sino adquiriendo superior relieve y tomando toda la dignidad ideal propia de lo generico y suprasensible que representa.

En cuanto á la conducta de un personaje se le quita la levadura del egoísmo, cualquiera que sea el móvil que le determina, aunque sea un ideal erróneo, es susceptible de interesar puramente y universalmente. María Egipciaca vive en el error, es cierto; su conducta llega á ser fuente de desgracia; una abstracción, una quimera mística que su naturaleza de mujer sensual no es capaz de seguir en su tendencia más elevada y digna, le arrastra á mil despropósitos, á una vida falsa y separada de todo bien racional; pero de todo esto no es responsable María, como no es el apestado responsable del ambiente emponzoñado en que respira. Luis de Gonzaga, el compañero de su infancia, el que repartía con ella el cielo para contar las estrellas, le dejó como legado espiritual aquellas aspiraciones místicas que, como son puro subjetivismo, toman diferente rumbo según el espíritu en que influyen; en Luis, el misticismo era sabio, depurado acaso de toda mancha sensual; pero en María Egipciaca, siendo el intento no menos angélico, era, por influjos tal vez hasta fisiológicos, en la conducta, en la aplicación diaria, sensual, cosa de apetito más que que pasión elevada y sublime. Por eso cuando los afectos naturales se despiertan al aguijón de los celos, el alma de

María se levanta, y es bella su extraña figura de esposa ofendida, que viene desde vanos sueños de idealismo enfermizo á reclamar sus derechos reales.

Mas aquí debe advertirse que cuanto de responsabilidad y culpa se descarga á María, es necesario cargarlo á otro lado; si ella no se hace indigna ni repugnante, porque sus propios errores en algo fundamentalmente bueno se originan, no cabe mayor oprobio que el que precisa arrojar sobre ideas, instituciones, costumbres, ó lo que sean, que arrastran los más santos sentimientos de las almas nobles y pías por laberintos de falsa religión, de falsa mansedumbre, de ascetismo falso y grosero, sensual y estúpido: ideas ó instituciones que persiguiendo egoístas ideales, no miran el derecho que pisan, desprecian la solidaridad de la vida social, y no se sabe si son más dignas de maldición por lo que yerran ó por lo que pecan y pervierten.

León Roch personifica en su mujer todo ese cúmulo de absurdos que viven en la sociedad santificados: es natural que León piense así; para él es su María quien causa tanta desgracia con tan necia conducta; si el lector puede y debe ir al origen del mal, el mísero esposo se queja del enemigo que directamente le causa el daño, y aun reconociendo en otra parte la culpa mayor, perentoriamente necesita apartarse del mal inmediato. León, por culpa de la superstición y el fanatismo, no tiene un hogar como lo había soñado: á María le manda *su Dios* que no ame á su esposo, y en cambio Pepa del Fúcar, la pobre Pepa desengañada, sigue amando con toda la fuerza y toda la verdad con que sólo se puede amar lo que vive y se ve en la tierra. Al fin León se enamora de los que le aman. Al lado de Pepa existe *Monina*, un angel de dos ó tres años; León, que llegó con el espíritu á la edad de ser padre, ve en *Monina* cifrada toda la felicidad que él soñó y no tiene; por eso quiere tanto á la hija de Pepa: además, hay en este cariño loco por la tierna criatura, un sofisma del corazón: amar lícitamente á la hija, viene á ser un modo delicado de amar á la madre. Bien lo

prueba ésta cuando tanto agradece á León aquella frase de su dolor: «¡lo que más quiero en el mundo!»

¡Qué delicado pincel! Mejor, y sin metáforas; ¡qué alma tan grande la que supo sentir, concebir y ejecutar estas ficciones tan profundas, tan tiernas, tan verdaderas para la verdad virtual de lo bello, que estremecen lo más noble del corazón humano! El interés dramático y la verdad de la verosimilitud exigían que la lógica de las pasiones siguiera adelante: Pepa comprende todas estas delicadezas y quintas esencias del amor; pero, en fin, quiere á León, á León mismo, lo quiere para sí, todo para ella: León, aunque vacila, también siente que quiere entregarse á Pepa, todo él también, para el amor, para el amor como se entiende en la tierra.

Si llegar á este punto, de una vez, hubiera sido precipitado, de efecto repulsivo, con las naturales gradaciones que el autor ha empleado, nada es más oportuno, más conforme á lo verosímil; pero si ya se explica la vehemencia del deseo, acaso no exista justicia para darle rienda suelta: Galdós coloca en el espíritu de León todo el infierno de lucha que supone una pasión cierta, que se despedaza contra un deber no muy claro; no es aquel deber, determinado de tal modo, el que hace fuerza tan grande, por sí mismo, en la conciencia de León: es la conciencia del deber en general la que en él se resiste como inexpugnable fortaleza.

En esta situación se presenta María Egipciaca, la esposa, que faltó á muchas obligaciones, que dió motivo y pábulo á la infidelidad, pero que es la esposa. ¡Y qué hermosa se presenta María! No es Friné, que por bella vence á la justicia; es la justicia, que además cuenta con la hermosura. En la escena final, entre León y María, quizá la más interesante y bella, hay una resurrección de la Naturaleza en aquella mujer beata; en el cuerpo y en el espíritu de María parece que se celebra un misterio dionisiaco; el grito de la realidad es tan intenso, que toda otra voz se apaga en aquella alma que sufre revolución espantosa: cuando María se